

HARP. — La que me han robado es pequeña.

JAIME. — ¡Eh! sí, es pequeña, si se toma así la cosa; pero la llamo grande por lo que contiene.

COM. — ¡Y de qué color es?

JAIME. — ¡De qué color?

COM. — Sí.

JAIME. — Es de color... vamos... de cierto color... ¡No podríais ayudarme a decir!

HARP. — Trata de recordar.

JAIME. — ¡No es roja?

HARP. — No, gris.

JAIME. — ¡Eh! sí, gris-roja; es lo que quería decir.

HARP. — No cabe duda, es la misma. Escribid, señor, su deposición. ¡Cielos! ¡de quién fíarse en adelante! No hay que creer ya en nada; y pienso, después de esto, que soy capaz de robarme a mí mismo.

JAIME, a HARPAGÓN. — Señor, aquí viene. No vayáis a decírla al menos que soy yo quién ha descubierto eso.

ESCENA III.

Dichos y Valerio.

HARP. — Acércate, ven a confesar la acción más negra, el atentado más horrible que jamás se ha cometido.

VAL. — ¿Qué queréis, señor?

HARP. — ¡Cómo, tunante! no te avergüenzas de tu crimen!

VAL. — ¡De qué crimen queréis pues hablar?

HARP. — ¡De qué crimen quiero hablar, infame! ¡cómo si no supieras lo que quiero decir! En vano pretenderías ocultarlo; el asunto está descubierto, acaban de informarme de todo. ¡Cómo! ¡abusas así de mi bondad, e introducirte expresamente en mi casa para traicionarme, para jugármela una pasada de esta clase!

VAL. — Señor, puesto que os lo han descubierto todo, no quiero emplear rodeos y negaros la cosa.

JAIME, aparte. — ¡Oh, oh! ¡habré adivinado sin querer!

VAL. — Era mi propósito hablarlos al respecto, y quería esperar para eso una oportunidad favorable; pero, puesto que estás informado, os suplico que no os eno-

jéis, y que tengáis la bondad de escuchar mis razones.

HARP. — ¡Y qué lindas razones puedes dar, ladron infame!

VAL. — ¡Ah, señor! yo no he merecido esos nombres. Es cierto que he cometido una ofensa hacia vos; pero, después de todo, mi falta es perdonable.

HARP. — ¡Ómico! ¡perdonable? ¡Un asalto, un asesinato así!

VAL. — Por favor, no os encolericeís. Cuando me hayáis oido, veréis que el mal no es tan grande como lo hacéis.

HARP. — ¡El mal no es tan grande como lo hago! ¡Cómo! ¡mi sangre, mis entrañas! ¡bríbrial!

VAL. — Vuestra sangre, señor, no ha caído en malas manos. Soy de condición que no puede perjudicarla; y no hay nada en todo esto que yo no pueda reparar.

HARP. — Eso es lo que quiero, que me devuelvas lo que me has arrebatado.

VAL. — Vuestro honor, señor, será plenamente satisfecho.

HARP. — No se trata aquí de honor. Pero dime ¿quién te ha inducido a esta acción?

VAL. — ¡Ay! ¡me lo preguntáis!

HARP. — Sí, ciertamente, te lo pregunto.

VAL. — Un dios que lleva las excusas de todo lo que hace hacer: el Amor.

HARP. — ¡El amor!

VAL. — Sí.

HARP. — ¡Lindo amor, lindo amor, a fe mial! el amor de mis luisas de oro!

VAL. — No, señor, no son vuestras riuezas las que me han tentado; no es eso lo que me ha deslumbrado; protesto de no pretender nada de vuestros bienes, con tal de que me dejéis el que tengo.

HARP. — ¡Mil demonios, nada de eso! no te lo dejaré. ¡Pero ved qué insolencia, querer retener el robo que me ha hecho!

VAL. — ¡Llamáis a eso un robo?

HARP. — ¡Si lo llamo un robo! ¡un tesoro como ésel!

VAL. — Es un tesoro, es verdad, y el más precioso que tenéis, sin duda; pero dejármelo no será perderlo. Os lo pido de rodillas, este tesoro lleno de encantos; y, para obrar bien, me lo tenéis que acordar.

